1890

EN UN ALBUM

—

MÉXICO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

100007

32321

EN UN ALBUM.

PRIMERA PAGINA.

—Señora: ya está abierta la arábiga ventana!
Abrirla me ordenastes y presto obedecí.—
Ahora ya que inunde la luz de la mañana
Tu camarín de raso, tu alcoba de sultana....
El paje se retira: tus órdenes cumplí.

No impiden ya las anchas vidrieras de colores
Que á tu retrete lleguen las almas de las flores,
Los cantos de las aves, los ecos del laúd;
De tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
Al viejo peregrino, á la novicia blanca,
Al trovador errante que de su lira arranca
Mil himnos armoniosos de eterna juventud!

Seré si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
Y te diré los nombres de cada caballero
Que el puente levadizo pretenda atravesar;
Con mi clarín de plata te anunciaré si llega
El Príncipe de Atenas en su carroza griega
O el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.

Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora,
El mago de Circasia, la Reina de Bassora,
El opulento obispo y el pálido Prïor;
Yo solo abrí las puertas, y preparé la entrada:
Por el rastrillo, al noble; por la ventana, al Hada;
Y por la azul escala, de seda recamada,
Al verso que te busca, cual joven trovador!

Alcázar es tu album: sus altos torreones
Habitan golondrinas y rondan los halcones....
El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa platëada revístelos la luna,
Y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
Les prende de los hombros un manto carmesí.

En los marmóreos patios rebullen los vasallos
Y piafan orgullosos los árabes caballos
Y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
Por ver á las meninas esfuérzanse los pajes
Y agítanse las plumas y tiemblan los encajes
Y en los bordados áureos de los lucientes trajes
Se truecan en diamantes los átomos de luz.

Asoma á tu ventana: contempla los jardines,
Los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
En cuyas hojas calma su sed el ruiseñor;
El chorro de la fuente que cae desalentado,
Llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
Que en vano subir quiso adonde está su amor.

Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
Los pájaros canoros que estaban entumidos,
Y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;

Verás cómo te busca la inquieta mariposa
Y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa,
Y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
Verás cómo tampoco la puedes convencer!

—

¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
¡Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!
¡Oh Príncipes y bardos, á este castillo entrad!
Abierta quedó, alondras, la arábiga ventana!
¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana,
Venid y en estas torres esbeltas anidad.

.....
.....

El paje se retira: no suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira la vacilante sombra
Cruzar los gobelinos del gótico salón;
Después se aleja y huye por el jardín callado...
¡Oh ruiseñor que cantas en el gentil granado,
....Ya brillan los luceros: preludia tu canción!

M. Gutiérrez Nájera.

UNA FLOR.

De tu mansión espléndida, Señora,
un paje guarda la dorada puerta,
y anuncia,—como el pájaro la aurora,—
con canto melodioso
que voz ninguna á remedar acierta,
á los que llegan á tu hogar dichoso.

Y ¿cómo puede quien cantar no sabe
como canta ese paje vocinglero,
venir á darte con lenguaje rudo,
más leal y sincero,
gentil Señora, su cordial saludo?

Yo, de mi huerto humilde, te traía
una flor nada más; pero tan pura
como el aljófar que al llegar el día
del prado vierte en la menuda grama,
—lágrima de su adiós,—la noche obscura.

Vióla tu paje; de fugaz sonrisa
su rostro se bañó, y quedo, quedo,
así me dijo:—"Perlas y diamantes
verás en el alcázar, que es remedo
de mansión oriental por su riqueza.
Oculta lo modesta florecilla
indigna de la noble castellana

en cuya frente la diadema brilla
de regia majestad y de grandeza,
y á quien ofrecen su mejor perfume
de extraños climas las preciadas rosas.
No aquí pretendas entonar un canto
con rústico rabel; aquí sus arpas
pulsan los bardos de inspirada frente,
y son las notas de sus arpas de oro,
murmurios de la brisa de los prados,
suspiros de las aguas de la fuente."

Al punto respondí:—"Que no te admire,
que no te admire si llegué el primero
cuando el último soy de los cantores:
vine sólo á escuchar cómo celebran
de tu dueña y Señora
la virtud y bondad los trovadores.
A dejar la quietud de mi retiro
no del aplauso la ambición me lanza,
no de los bardos al renombre aspiro
ni acaricié jamás esa esperanza.
La humildad de mi ofrenda no te asombre:
la flor que yo traía
de la *Amistad* se llama;
es prenda de respeto y simpatía,
y es mucho lo que vale por su nombre.
¿Cantar? jamás lo hiciera
donde te encuentras tú; donde se espera
turba canora que al parar el vuelo
y de la gloria al repetir los himnos,
convierte en gloria el miserable suelo.

A tu gentil Señora
transmite, oh paje, con palabras fieles
las mías, en buen hora;
no temas disgustarla, no receles:
su noble pecho la verdad adora."

Así dije, Señora, á ese parlero
paje que anuncia en tu feudal castillo.
Acaso el mensajero
repetirlo olvidó, y acaso creas
que me faltaba, por mi triste suerte,
una *flor de amistad* para ofrecerte;
mas ya lo sabes: á tu régio alcázar
el primero llegué,—jamás lo olvides,—
pues si el último soy de los cantores,
soy el primero en darte
la más preciada flor entre las flores.

Francisco Sosa.

La canción del bardo.

Un viejo criado tuve que me contaba historias,
cuando era yo muy niño, del tiempo que pasó:
y al remover el polvo de lúgubres memorias,
fantasmas evocaba de las mentidas glorias
que en las edades muertas el hombre ambicionó.

—

Y así, cuando en las noches zumbaba ronco el viento
y hacía las vidrieras de mi balcón temblar
gustábame, escuchando aquél cansado acento,
dejar las alas libres al loco pensamiento
y con ficticios mundos y seres delirar.

—

Conservo aun el recuerdo de historias peregrinas,
consejas pavorosas que nunca olvidaré,
¡yo soy como ese cardo que crece entre las ruinas
y que en el muro hendido enclava sus espinas
para buscar apoyo en lo que grande fué!

—

Soñaba del alcázar morisco los jardines
sirviendo á alguna hermosa doncella de prisión,
y en torno del alcázar soñaba paladines

de cuyos férreos cascos los negros lambrequines
flotaban como flotan las brumas del turbión.

—

He visto la batalla que el triste sol poniente
bañaba con los rayos de su postrera luz:
he visto ensangrentadas las aguas del torrente,
y ví la media luna de musulmana gente
hollada por los bravos guerreros de la cruz.

—

Al ir tras otros mundos, en frágil carabela
por ignorados mares vogando sin temor;
al rudo golpeteo de la latina vela
y al ronco hervir bravío de la anchurosa estela
uní mi débil canto de obscuro trovador.

—

Pero entre tanta historia de luchas y de amores,
de un triste amor, señora, la breve historia sé;
historia de esperanzas perdidas, de dolores,
de anhelos infinitos, de marchitadas flores
de ausencias, de amarguras....¡pero de eterna fé!

—

Él era un bardo errante; hermosa y gentil ella:
sólo una vez se hablaron.... ¡para decirse adiós!
brillaba en el espacio la vespertina estrella;
ahí se dieron cita el bardo y la doncella,
y se alejaron luego de su destino en pos!

—

Pasaron muchos días: del uno el otro lejos
aquellas lentas horas sintieron discurrir,
y sus tristezas nuevas y sus pesares viejos
lloraban en la ausencia, buscando en los reflejos
de su remota estrella, la paz del porvenir....

—

De un almenado muro, bajo ojival ventana
un hombre, triste y serio, detúvose una vez:
de la apacible luna la claridad lejana
el busto de la noble y hermosa castellana
iluminó en el hueco del gótico ajimez.

—

El hombre, el negro embozo deshizo grave y lento,
y mudo y pensativo quedóse, hasta que al fin
á la cadencia vaga del gemebundo viento,
uniendo melancólico su varonil acento,
así cantó sus cuitas al són del bandolín.

—

Sé que vienen á ofrecerte,
Señora mía, los bardos
blancas guirnaldas de nardos
de azucenas y azahar;
que su queja al viento roban,
á las fuentes sus murmullos,
y á las aves sus arrullos
para venirte á cantar.

—

Sé que eres buena y hermosa,
que amor en tu pecho anida,
y que para tí la vida
guarda eterna juventud:
y yo también he querido
cantar, noble castellana,
yo ¡trovador que engalana
con crespones su laúd!

—

No traigo flores; que todas
las flores que yo tenía,

al irse la amada mía
en sus trenzas se llevó:
¡ya no vendrá á deshojarlas
llorando por el pasado
sobre el sepulcro ignorado
de aquél que tanto la amó!

—

¡Ella ha muerto! su fantasma
envuelto en cándido lino,
anoche, por mi camino
ví en las sombras divagar;
y es necesario, Señora,
que con ella á unirme vaya:
¡Soy náufrago que la playa
al cabo pudo alcanzar!

—

Mas antes de partir quise
lo que aun me queda ofrecerte;
¡en una canción de muerte
mi lira de trovador!
Al pie de estos nobles muros
vengo á romperla, Señora,
¡dime adiós! ¡llegó la hora!
¡me está esperando mi amor!....

—

Calló el mancebo: el rostro, de nuevo en el velludo
embozo de su capa, con lentitud cubrió;
rompió su lira de oro con golpe seco y rudo;
severo ante la dama dobló la frente, y mudo
del gótico castillo lijero se alejó!....

José Peón del Valle.

AL PARTIR.

—

Señora, media noche y vos en la ventana,
Mirando las estrellas que van en caravana
Cual pálidas novicias en grave procesión;
Señora, media noche y vos mirando el río,
Clavada la pupila en el paisaje umbrío
Y en la gigante sombra del ancho torreón.

—

Os prestan homenaje los valles dilatados,
Os guardan murallones vetustos y almenados,
Y al sucumbir la tarde en púrpura imperial,
En tanto que en las sombras envuélvese el castillo,
De la redonda luna al argentado brillo
Encuadra vuestro busto el regio ventanal.

—

¿Qué veis de los luceros en los fulgores rojos?
¿Qué miran las estrellas en vuestros negros ojos?
Amais al bravo noble, vuestro gentil señor;
Él es en los torneos invicto caballero,
Él es por agradaros vuestro ágil halconero
Y en las veladas tristes, él es vuestro lector.

—

Por vos brilla la aurora en el balcón de Oriente,
Por vos el sol asoma la luminosa frente,
Por vos la noche esparce su lóbrego capuz;

Y cuando, pura y bella, dormís en vuestro lecho,
Por escuchar el casto latir de vuestro pecho
Desciende de los cielos un serafín de luz!

—

Vos sois la castellana que esmalta la Edad Media
Y que vestida de oro cruzó por la tragedia,
Por el romance antiguo y el canto popular:
Vos sois aquella dama de gracia peregrina,
De quien habló en sus versos Gutierre de Cetina,
Por quien luchó en el campo Rodrigo de Vivar.

—

¿Por qué la hermosa vela y al ventanal se asoma?
Es que el ensueño de oro, cual vívida paloma,
De su oriental cabeza revuela en derredor;
Y al pie de la alta torre que sirve de atalaya,
Los graves trovadores discurren por la playa
Cantando en sus estrofas el castellano honor.

—

Es que los vates pulsan en armonioso coro
Ante la diosa bella las cítaras de oro,
Y oyéndolos gorjean las aves del jardín;
Se acercan por oírlos las brisas rumorosas
Y sobre el verde tallo empínanse las rosas,
Mirando á la que inspira su canto al bandolín.

—

Yo soy de aquella raza de antiguos trovadores
Que al pie de las ventanas de vidrios de colores
Contaban á la niñas su pena y su aflicción;
Yo soy de aquellos bardos que alzaban sus querellas

Por ver á claros ojos verter lágrimas bellas
Y suspirar los pechos de su rabel al són.

—

Yo soy de aquellos hombres de inmensa desventura
Que de la media noche entre la sombra obscura
Vagaban por el mundo con paso desigual:
Buscando fuí por eso las fuentes de la idea,
Por la ciudad hirviente, por la tranquila aldea,
Hasta que hallé, Señora, vuestra mansión feudal.

—

Prendida está en sus muros la flor del jaramago,
En vano noche y día la azota el viento vago:
Así en vuestra alma crece la flor de la virtud;
Y si pidiendo amparo, decaoche un arpa suena,
Encuentran los viajeros, en vos, una alma buena
Y hogar en vuestra casa que alegra su laúd.

—

Arroyo es vuestra vida: los límpidos celajes
Sobre su tersa linfa conviértense en encajes
Y el junco de la orilla en trémulo festón:
Es justo que de todos los reinos de las flores
Acudan en bandada los dulces ruiseñores
A dar al arroyuelo su plácida canción.

—

Voy á partir, Señora, en pos de mi destino;
En medio de las sombras que invaden mi camino,
Será vuestro recuerdo la luz que seguiré,
Que los diamantes negros que adornan vuestra frente
Han sido en mis dolores el faro refulgente
Que me enseñara el rumbo del puerto de la fé.

—

¡Oh ensueño de querube! ¡Oh mi gentil Señora!
Yo traigo como ofrenda la flor que hay en Bassora,
La flor de la ventura, la flor de la amistad;
Guardadla eternamente como memoria mía,
¡Alondra anunciadora del esperado día!
¡Palmera que triunfante se alzó en mi soledad!

.....

—

El bardo se retira... Traspone la llanura
Cuyo horizonte verde borró la noche obscura,
Y viendo del castillo el claro resplandor,
Poniéndose de hinojos de nuevo el arpa agita
Y canta de este modo: "¡Bendita sé, bendita
La tierra que guarneces, alcázar del amor!"

Adalberto A. Esteva.

ORIENTAL.

El errante trovador
Que cuenta lances de amor,
Narre en plácida querella
La pasión de un ruiseñor
Por una pálida estrella....

Sueños, ventura ó desgracias
Cante en romances ú odas,
Entre aves, fuentes y acacias,
Y os hable de las *Tres Gracias*
Cuando vos las teneis todas.

Y por rendir vasallaje
A vuestro encanto y hechizo,
Rindiendo pleito homenaje
Al escudero y al paje
Salve el puente levadizo.

Y al pié de la celosía
De vuestra mansión moruna
Dejé correr la poesía,
Cual linfas claras de ría
Que quiebran rayos de luna.

A vuestra estancia dichosa
Llegue la maga orgullosa

Enamorada de vos;
Pues que en vuestro escudo hay dos
Soles en campo de rosa....

Vuestro dominio feudal
Avasalle corazones
Con encanto sin igual,
Y la leyenda oriental
Encomie vuestros blasones.

Luzca su mejor arreo
El caballero pujante
Para acudir al torneo,
Y en él alcance el trofeo
Que ha de ofreceros galante.

Ostente la vieja almena
Del castillo señorial,
Por preservaros de pena,
Al pie de la cruz triunfal,
La media luna agarena.

Vuestro nombre de mujer
Aprenda el parlero mirlo,
Por el lujo y el placer
De cantarlo y repetirlo
Del alba al amanecer.

En el parque rumoroso
Al hollar vuestra sandalia
El bosquecillo arenoso,
Venza al jacinto orgulloso
Como á la purpúrea dália.

Eso y más los trovadores
Podrán pintaros, Señora,
En cuadros de mil colores,
Entrelazando las flores
Con las perlas de Bassora.

Yo que adivino á la hurí,
Como cosa baladí
Os dejo mi nombre sólo,
Que sin ir de polo á polo
Se enaltece estando aquí.

Joaquín Trejo.

TROVA.

Esta es la comarca, é aqueste el castillo;
Mansión encantada de gloria é de amor;
Do á egregios blasones de insigne caudillo
Se aduna el aroma de un pecho sencillo,
Aroma el más puro que el aura bebió.

—

Aqueste es el feudo dichoso que encierra
Hondrosas fasañas que no morirán,
E amores que viven é al mal mueven guerra:
¡Fasañas que fueron asombro á la tierra!
¡Amores que dicen que el cielo es verdad!

—

El paje afanoso que, á fuer de galante,
Si anuncia que llega bizarro adalid,
O príncipe, ó noble de estirpe brillante,
No esquiva mercedes al lírico errante
Que humilde, si osado, penetra hasta allí.

—

¡O, alcazar vetusto! do á un tiempo vivieron
Bellesa é talento, ventura é poder!
En tí, claros fechos que lauros te dieron,
Los fijos meiores que padres tuvieron,
La dama más noble que el home admiró.

—

¡O, cármenes bellos! risueño paisaje!
¿Qué aquí los artistas de diestro pincel?....
Mas ¿dónde va el ave que fuye el boscaje?
En la alta ventana ya rinde homenaje
Que acata benigna, fermosa mujer.

—

Fermosa? qué dije? jamás entre bellas
Querub más radiante me plugo mirar:
Qué, ¿acaso son ojos las claras estrellas
Que allí donde dejan las vívidas huellas
Sus rayos de oro, la luz siempre está?

—

Es rostro ese encanto que envidia la aurora?
Cuna es la más bella de expléndido sol;
En él luz é vida é amor se atesora:
¡El sol de tu alma, garrida señiora,
De tu alma serena, sonrisa de Dios!

—

Non soy de tu feudo, gentil castellana,
Non soy de tu feudo, te admiro magüer;
Si loan tus hechizos á tarde é mañana
Las fuentes, las flores, el ave galana,
¿No habrán de loarte los bardos también?

—

Adios, grand Señiora, se va el bardo errante,
El bardo que dichas halló en te mirar;

Aprémiale el hado, prosigue adelante;
Mas cuitas en vano farán que inconstante
Del pecho é la mente te borre jamás.

—

Tú en tanto, o gran dama! dichosa te queda;
Coronas te brindan la gloria, el amor,
Virtud la más alta tu espíritu hospeda:
Virtud! fermosura! Felice quien pueda
Cantar los tus dones con digna canción!

—

Adios! fasta cuándo? la incierta esperanza
Non dice si á verte quizás tornaré:
Mas sé que al mirarte troqué en bienandanza
Del pecho ferido la gran tribulanza:
Señiora! Señiora! tal es tu poder!

Enrique Valencia.

EL ROMERO.

No! paje y buen cantor. Nunca mi planta
Cruzar pudiera el trémulo rastrillo
Del moruno castillo,
En que gozoso estrépito levanta
Gallarda muchedumbre
De damas, caballeros, trovadores,
Que acoge bajo espléndida techumbre,
Insigne castellana
Cuyo heróico linaje,
En bélica fortuna,
La Cruz, triunfante de la Media-Luna,
Enarboló en la Torre de homenaje.

No! La zambra jovial siempre trastorna
El humilde romero
Que, tras luenga jornada, viejo torna,
Y á quien sólo enriquecen
Conchas del Rojo-Mar, purificadas
En las ondas del Lago Tiberiades;
Un bordón arrancado
A los cedros del Líbano sagrado,
Vencedores de rayos y de edades;
Y, bajo tosco sayo, un gran tesoro:

Reliquia, en marco de oro,
Ante el Santo Sepulcro consagrada;
Dón postrero de anciano Cenobita
Al exhalar, en frígida caverna,
Entre oración bendita
Y ansias de santo amor el alma tierna.

Pecados de otro amor, joven lozano,
Impusiéronme larga penitencia
Y torno viejo á la región natía.....
¡Ay! cuanto de dolor evitaría
Quien alcanzara á unir—¡difícil ciencia!—
Con rubia mocedad cana prudencia!

Siguió al error, cual suele,
Tardo arrepentimiento..... ¡Inútil lucha!
Por más que penitencia me consuele,
Del reproche la voz el alma escucha
Y del alma á la par el cuerpo duele.

Señora! De tus méritos la fama
Por el Oriente cunde;
A tí los tristes llama,
Y en los pechos difunde
De tu virtud la consolante flama.
Por eso á tus umbrales
Acércase el romero
Con pasos desiguales;
De tu doncel-poeta entre las manos,
Como la sombra ante la luz decrece,
De su cítara rinde restos vanos,
Y para tí le ofrece

Del extinto eremita nazareno
La sagrada reliquia, á cuya falta,
Bien como en todo adiós, dentro del seno
El corazón se agita y sobresalta.

Así, noble matrona,
Al tributo se asocia que te rinden
Los del alta virtud admiradores.
La prez de los más diestros rimadores,
La noble gaya-ciencia mejorando,
Tus méritos pregona,
Justiciera en tus sienes colocando
De esposa y madre la mejor corona.

Yo, cumplido mi voto,
Morir ansiando en cántabra ribera,
Arduo viaje prosigo
Hacia el grandioso templo do venera
El monarca, lo mismo que el mendigo,
Al santo Apóstol, defensor de Asturias,
De cuyo albo corcel y rója espada
Aun tiemblan entre polvo de centurias,
Los restos de morisma destrozada.
Tú, insigne trovador, imberbe paje,
A los pies de esa dama ofrece atento
Del viejo peregrino el homenaje,
Acaso del cantor postrer acento!

C. del Collado.

¡Qué pompa, qué esplendor ni qué grandeza
Vence en valer al delicioso nido
Del hogar escondido
Bajo obscuro ramaje
Que mecen los afectos dulcemente
Entre modestas flores
Al dulce murmurar de la corriente
Al canto de armoniosos ruiseñores.

¿Qué canto igualaría
Al grito, al mimo, al animado juego
De esa risueña infancia
Cuya sonrisa besa, cuyos ojos
Reflejan del arcángel la pureza
Y ahuyentan con su magia los arroyos?

¿Qué ingenio pintaría
El beso de la madre que renueva
En la frente dichosa de los que ama
De la vida la llama
Y reverdece á su contacto el día?
¿Cómo pintar la vida
Como en cauce de flores adormida
Y al través de su linfa transparente
El alma percibir con gozo ardiente
De la ventura las arenas de oro?

Esa es tu realidad: en ella impresa
Como la blanca flor hija del lago
El cáliz de marfil de tu existencia,
Joya y encanto del hogar querido;
Su caricia y su alhago
Y la estrella inefable de tu creencia.

Y así cual suele tras la selva hermosa
Encontrar el viajero sorprendido
El mar sublime y el seguro puerto,
Mira en tu porvenir, noble señora,
De la virtud excelsa la grandeza
Reclinando laureada tu cabeza
Feliz, en el esposo que te adora.

Guillermo Prieto.

ECOS DE LA SELVA.

Señora, ya á los jardines
De vuestro regio castillo,
Desde remotos confines,
Han venido paladines
Con sus armas de áureo brillo,

Y han venido trovadores
A elevar vuestros loores,
Exhalando en dulce coro
Sus cantos arrulladores
Al són de sus liras de oro.

¡Ante vos he de venir
Si no he sido, en mi dolor
Paladín ni trovador,
Yo que ignoro el buen decir
Y perdí mi última flor!

Desolado peregrino
Crucé candentes arenas,
Y me ha brindado el destino,
Tras la zarza del camino,
La hiel de todas las penas.

Yo vengo de las cabañas
Perdidas entre pinares,
Y sé las notas extrañas
Del eco de las montañas
Y el murmullo de los mares.

Yo vengo de aquella Sierra,
De abruptos perfiles rojos,
En donde olímpica guerra
Llenó de sangre la tierra
Y de lágrimas los ojos.

Yo vivo lejos, muy lejos,
Y, empero, á mi soledad,
—Que os lo diga, perdonad—
Han llegado los reflejos
De vuestra gentil beldad.

Dispensad si en mi osadía
Alzo un canto que reviste
Forma severa y bravía;
Sólo sé la poesía
De lo inmensamente triste.

Otros, con frase hechicera,
Os han celebrado más;
Pero mi voz, aunque austera,
Es cariñosa y sincera:
Yo no he mentido jamás.

¡Que os deje siempre el Señor,
En celestes regocijos,
Vivir, ajena al dolor,
En ese mundo de amor
Del esposo y de los hijos!

¡Que á vuestra alma luminosa
No llegue la pena airada!
¿Por qué no ha de ser dichosa
Quien como vos es hermosa,
Quien como vos es amada?

En vez de historias extrañas,
De duelos y de pesares,
Os dejo en estos cantares
Un eco de mis montañas
Y un murmullo de mis mares.

Ya que he rendido ante vos
Rudo y sencillo homenaje,
De mis ensueños en pos
Emprendo otra vez el viaje....
¡Señora, que os guarde Dios!

Antonio Zaragoza.

LEYENDA.

Yo no he visto los castillos
Que el señor feudal recorre,
Ni la renegrida torre
De la cautiva con grillos;
No he pasado los rastrillos
Que son defensa del puente,
Ni he visto al guarda insolente,
Con su penacho de acero,
Ni á aquél orgulloso arquero
Que está del muro pendiente.

No he asistido á la batalla
Donde el *arma blanca* juega,
Ni he visto aquella refriega
Adonde el valor estalla,
Ni he visto romper la malla
Tras la cual el pecho late;
No hay acero que no mate
En aquella lid sangrienta,
Donde su grandeza ostenta
El romántico combate.

Yo no he visto los arreos
De la enaltecida dama,
Ni la sangre que derrama
El juego de los torneos,
Ni á los grandes corifeos
A quien el valor levanta,
Ni aquella lucha que espanta
Entre el aguijón que asedia:
Nada sé de la Edad Media
Que hoy mi plectro osado canta.

—

Pero allá en sueños he oído,
Bajo el escudo ducal,
El triste canto feudal
De un trovador mal querido;
Melancólico quejido
Deshecho en una canción
Al sonar la vibración
De un ritmo dulce, ó arpegio
Bajo del castillo regio
En donde brilla un blasón.

—

Así la canción decía
Que de aquél laúd brotaba,
Y que el viento arrebataba
Y á lo lejos repetía:
"—¡Qué dulce al morir el día
"Ver descorrer la persiana,
"Y mirar cómo engalana
"El cielo tu frente pura;
"Resplandecer tu hermosura
"Como astro de la mañana.

—

"Tú la de los lindos ojos,
"De purísimos destellos,
"La de los negros cabellos
"Que prenden claveles rojos,
"La de los dulces sonrojos,
"La de cuello de paloma,
"La del aliento de aroma
"Que darte el ambiente quiso
"Como ángel del Paraíso
"O una mujer de Mahoma.

—

"Eres, huyendo al ruido,
"Bajo el azúl de los cielos
"El ave con los polluelos
"Que está calentando el nido:
"Allí no llega el mugido
"Del ronco mar cuando azota
"Sobre de la piedra rota,
"Del muro que guarda avaro
"Aquél tesoro tan caro
"Do la virtud no se agota.

—

"Queda—¡Adiós,—beldad cristiana,
"Cual tu castillo feudal
"Que no hiere el vendabal
"Ni deja marca profana;

"El fulgor de la mañana
"Posa en tu frente sus huellas,
"Y en la noche las estrellas
"Tu hermosa frente coronan,
"Y parece que pregonan
"Que eres bella entre las bellas.

—

"Guarte Dios en ese asilo,
"Fresco nido de azucenas,
"Donde no hay llanto ni penas
"Para tu pecho tranquilo:
"Brame como el ronco Nilo
"Allá el mundo en sus tormentos
"Que tú la virtud alientas,
"En tí la virtud se posa,
"Y tú de madre y esposa
"La altiva corona ostentas."—

—

Perdióse el canto sencillo
Allá en la extensión desierta
Y el grave grito de—"*Alerta*"
Le sonó allá en el castillo;
Cayó un ramo de tomillo
Sobre el laúd lastimero
Muestra de afecto sincero
A la inspiración galana;
Corrióse aquella persiana
Y echó á andar el cancionero.

Juan A. Mateos.

LA LIRA.

—

Cabe la feudal ventana
Quiere el viejo trovador,
Alzar un canto en loor
De la noble castellana:

—

Que ventura al caballero
Da, con afanes prolijos:
Que escudo forma á sus hijos
Con el amor más sincero.

—

Quiere darle en su laúd
Cantiga que al mundo asombre,
Honra de su egregio nombre,
Heraldo de su virtud.

—

Mas... en la regia mansión,
El osado pensamiento
Sus alas pliega: el aliento
Desfallece de emoción.

—

Y en vez de brillantes notas
Que su respeto le inspira,
A sus pies pone la lira,
Dejando sus cuerdas rotas.

J. P. de los Rios.

ANTE EL PUENTE.

Del mundo en el ruidoso laberinto
de castillos y justas y salones,
el clarín, los aplausos y canciones
resuenan sin cesar.

Mas ay! el triste que en rincón obscuro
lejos del mundo en soledad vegeta,
apenas del heraldo y del poeta
puede el eco escuchar.

Cerrada está la liza á mis deseos,
ni cigarra, ni mote ornan mi escudo,
y el eco de mi estancia duerme mudo
sin voz que remedar.

Que en el juego floral ya no hay escaño
para el anciano trovador que un día,
al pie de un muro suspirar solía:
"Cantar, sufrir, amar."

Hoy, cuando á el alba entre el alado coro
que su himno entona en tu verjel florido,
de zenzotle cantor suene un gemido,
como el ay! de un laúd.

Seré yo, que en las zarzas de mi ruta
colgando el arpa, á mi destierro sigo....
Veo el puente, me descubro, paso y digo:
"Castellana, salud."

L. G. Ortiz.